



V Concurso de Traducción

El Acta de Independencia de Venezuela para el mundo

*en conmemoración del
Bicentenario de la Independencia de Venezuela, 2010*

*Martín Tovar y Tovar,
Boceto para la Fima
del Acta
de Independencia.
1876-77.
Oleo sobre tela
Colección de la Galería
de Arte Nacional*

ACTA DE LA INDEPENDENCIA DE VENEZUELA DE 1811 5 de julio de 1811

En el nombre de Dios Todopoderoso, nosotros, los representantes de las Provincias Unidas de Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita, Barcelona, Mérida y Trujillo, que forman la Confederación americana de Venezuela en el continente meridional, reunidos en Congreso, y considerando la plena y absoluta posesión de nuestros derechos, que recobramos justa y legítimamente desde el 19 de abril de 1810, en consecuencia de la jornada de Bayona y la ocupación del trono español por la conquista y sucesión de otra nueva dinastía constituida sin nuestro consentimiento, queremos, antes de usar de los derechos de que nos tuvo privados la fuerza, por más de tres siglos, y nos ha restituido el orden político de los acontecimientos humanos, patentizar al universo las razones que han emanado de estos mismos acontecimientos y autorizan el libre uso que vamos a hacer de nuestra soberanía.

No queremos, sin embargo, empezar alegando los derechos que tiene todo país conquistado, para recuperar su estado de propiedad e independencia; olvidamos generosamente la larga serie de males, agravios y privaciones que el derecho funesto de conquista ha causado indistintamente a todos los descendientes de los descubridores, conquistadores y pobladores de estos países, hechos de peor condición, por la misma razón que debía favorecerlos; y corriendo un velo sobre los trescientos años de dominación española en América, sólo presentaremos los hechos auténticos y notorios que han debido desprender y han desprendido de derecho a un mundo de otro, en el trastorno, desorden y conquista que tiene ya disuelta la nación española.

Este desorden ha aumentado los males de la América, inutilizándole los recursos y reclamaciones, y autorizando la impunidad de los gobernantes de España para insultar y oprimir esta parte de la nación, dejándola sin el amparo y garantía de las leyes.

Es contrario al orden, imposible al gobierno de España, y funesto a la América, el que, teniendo ésta un territorio infinitamente más extenso, y una población incomparablemente más numerosa, dependa y esté sujeta a un ángulo peninsular del continente europeo.

Las sesiones y abdicaciones de Bayona, las jornadas del Escorial y de Aranjuez, y las órdenes del lugarteniente duque de Berg, a la América, debieron poner en uso los derechos que hasta entonces habían sacrificado los americanos a la unidad e integridad de la nación española.



*Giovanna Caimi,
Jefferson Plaza
y Jeaneth Martínez, de pie,
discuten las respuestas
de los estudiantes
que participaron
en el I Concurso
de Ortografía en italiano*

Venezuela, antes que nadie, reconoció y conservó generosamente esta integridad por no abandonar la causa de sus hermanos, mientras tuvo la menor apariencia de salvación.

América volvió a existir de nuevo, desde que pudo y debió tomar a su cargo su suerte y conservación; como España pudo reconocer, o no, los derechos de un rey que había apreciado más su existencia que la dignidad de la nación que gobernaba.

Cuantos Borbones concurren a las inválidas estipulaciones de Bayona, abandonando el territorio español, contra la voluntad de los pueblos, faltaron, despreciaron y hollaron el deber sagrado que contrajeron con los españoles de ambos mundos, cuando, con su sangre y sus tesoros, los colocaron en el bono a despecho de la Casa de Austria; por esta conducta quedaron inhábiles e incapaces de gobernar a un pueblo libre,

a quien entregaron como un rebaño de esclavos.

Los intrusos gobiernos que se abrogaron la representación nacional aprovecharon pérfidamente las disposiciones que la buena fe, la distancia, la opresión y la ignorancia daban a los americanos contra la nueva dinastía que se introdujo en España por la fuerza; y contra sus mismos principios, sostuvieron entre nosotros la ilusión a favor de Fernando, para devorarnos y vejarnos impunemente cuando más nos prometían la libertad, la igualdad y la fraternidad, en discursos pomposos y frases estudiadas, para encubrir el lazo de una representación amañada, inútil y degradante.

Luego que se disolvieron, sustituyeron y destruyeron entre sí las varias formas de gobierno de España, y que la ley imperiosa de la necesidad dictó a Venezuela el conservarse a sí misma para ventilar y conservar los derechos de su rey y ofrecer un asilo a sus hermanos de Europa contra los males que les amenazaban, se desconoció toda su anterior conducta, se variaron los principios, y se llamó insurrección, perfidia e ingratitud, a lo mismo que sirvió de norma a los gobiernos de España, porque ya se les cerraba la puerta al monopolio de administración que querían perpetuar a nombre de un rey imaginario.

A pesar de nuestras protestas, de nuestra moderación, de nuestra generosidad, y de la inviolabilidad de nuestros principios, contra la voluntad de nuestros hermanos de Europa, se nos declara en estado de rebelión, se nos bloquea, se nos hostiliza, se nos envían agentes a amotinarnos unos contra otros, y se procura desacreditarnos entre las naciones de Europa implorando sus auxilios para oprimirnos.

Sin hacer el menor aprecio de nuestras razones, sin presentarlas al imparcial juicio del mundo, y sin otros jueces que nuestros enemigos, se nos condena a una dolorosa incomunicación con nuestros hermanos; y para añadir el desprecio a la calumnia se nos nombran apoderados, contra nuestra expresa voluntad, para que en sus Cortes dispongan arbitrariamente de nuestros intereses bajo el influjo y la fuerza de nuestros enemigos.

Para sofocar y anonadar los efectos de nuestra representación, cuando se vieron obligados a concedérnosla, nos sometieron a una tarifa mezquina y diminuta y sujetaron a la voz pasiva de los ayuntamientos, degradados por el despotismo de los gobernadores, la forma de la elección; lo que era un insulto a nuestra sencillez y buena fe, más bien que una consideración a nuestra incontestable importancia política.

Sordos siempre a los gritos de nuestra justicia, han procurado los gobiernos de España desacreditar todos nuestros esfuerzos declarando criminales y sellando con la infamia, el

cadalso y la confiscación, todas las tentativas que, en diversas épocas, han hecho algunos americanos para la felicidad de su país, como lo fue la que últimamente nos dictó la propia seguridad, para no ser envueltos en el desorden que presentíamos, y conducidos a la horrorosa suerte que vamos ya a apartar de nosotros para siempre; con esta atroz política, han logrado hacer a nuestros hermanos insensibles a nuestras desgracias, armarlos contra nosotros, borrar de ellos las dulces impresiones de la amistad y de la consanguinidad, y convertir en enemigos una parte de nuestra gran familia.

Cuando nosotros, fieles a nuestras promesas, sacrificábamos nuestra seguridad y dignidad civil por no abandonar los derechos que generosamente conservamos a Fernando de Borbón, hemos visto que a las relaciones de la fuerza que le ligaban con el emperador de los franceses ha añadido los vínculos de sangre y amistad, por lo que hasta los gobiernos de España han declarado ya su resolución de no reconocerle sino condicionalmente.

En esta dolorosa alternativa hemos permanecido tres años en una indecisión y ambigüedad política, tan funesta y peligrosa, que ella sola bastaría a autorizar la resolución que la fe de nuestras promesas y los vínculos de la fraternidad nos habían hecho diferir; hasta que la necesidad nos ha obligado a ir más allá de lo que nos propusimos, impelidos por la conducta hostil y desnaturalizada de los gobiernos de España, que nos ha relevado del juramento condicional con que hemos sido llamados a la augusta representación que ejercemos.

Mas nosotros, que nos gloriamos de fundar nuestro proceder en mejores principios, y que no queremos establecer nuestra felicidad sobre la desgracia de nuestros semejantes, miramos y declaramos como amigos nuestros, compañeros de nuestra suerte, y partícipes de nuestra felicidad, a los que, unidos con nosotros por los vínculos de la sangre, la lengua y la religión, han sufrido los mismos males en el anterior orden; siempre que, reconociendo nuestra absoluta independencia de él y de toda otra dominación extraña, nos ayuden a sostenerla con su vida, su fortuna y su opinión, declarándolos y reconociéndolos (como a todas las demás naciones) en guerra enemigos, y en paz amigos, hermanos y compatriotas.

En atención a todas estas sólidas, públicas e incontestables razones de política, que tanto persuaden la necesidad de recobrar la dignidad natural, que el orden de los sucesos nos ha restituido, en uso de los imprescriptibles derechos que tienen los pueblos para destruir todo pacto, convenio o asociación que no llena los fines para que fueron instituidos los gobiernos, creemos que no podemos ni debemos conservar los lazos que nos ligaban al gobierno de España, y que, como todos los pueblos del mundo, estamos libres y autorizados para no depender de otra autoridad que la nuestra, y tomar entre las potencias de la tierra, el puesto igual que el Ser Supremo y la naturaleza nos asignan y a que nos llama la sucesión de los acontecimientos humanos y nuestro propio bien y utilidad.

Sin embargo de que conocemos las dificultades que trae consigo y las obligaciones que nos impone el rango que vamos a ocupar en el orden político del mundo, y la influencia poderosa de las formas y hábitos a que hemos estado, a nuestro pesar, acostumbrados, también conocemos que la vergonzosa sumisión a ellas, cuando podemos sacudirlas, sería más ignominiosa para nosotros, y más funesta para nuestra posteridad, que nuestra larga y penosa servidumbre, y que es ya de nuestro indispensable deber proveer a nuestra conservación, seguridad y felicidad, variando esencialmente todas las formas de nuestra anterior Constitución.

Por tanto, creyendo con todas estas razones satisfecho el respeto que debemos a las opiniones del género humano y a la dignidad de las demás naciones, en cuyo número vamos a entrar, y con cuya comunicación y amistad contamos, nosotros, los representantes de las Provincias Unidas de Venezuela, poniendo por testigo al Ser Supremo de la justicia de nuestro

proceder y de la rectitud de nuestras intenciones, implorando sus divinos y celestiales auxilios, y ratificándole, en el momento en que nacemos a la dignidad, que su providencia nos restituye el deseo de vivir y morir libres, creyendo y defendiendo la santa, católica y apostólica religión de Jesucristo. Nosotros, pues, a nombre y con la voluntad y autoridad que tenemos del virtuoso pueblo de Venezuela, declaramos solemnemente al mundo que sus Provincias Unidas son, y deben ser desde hoy, de hecho y de derecho, Estados libres, soberanos e independientes y que están absueltos de toda sumisión y dependencia de la Corona de España o de los que se dicen o dijeren sus apoderados o representantes, y que como tal Estado libre e independiente tiene un pleno poder para darse la forma de gobierno que sea conforme a la voluntad general de sus pueblos, declarar la guerra, hacer la paz, formar alianzas, arreglar tratados de comercio, límite y navegación, hacer y ejecutar todos los demás actos que hacen y ejecutan las naciones libres e independientes.

Y para hacer válida, firme y subsistente esta nuestra solemne declaración, demos y empeñamos mutuamente unas provincias a otras, nuestras vidas, nuestras fortunas y el sagrado de nuestro honor nacional.

Dada en el Palacio Federal y de Caracas, firmada de nuestra mano, sellada con el gran sello provisional de la Confederación, refrendada por el Secretario del Congreso, a cinco días del mes de julio del año de mil ochocientos once, el primero de nuestra independencia.

Por la provincia de Caracas, Isidoro Antonio López Méndez, diputado de la ciudad de Caracas; Juan Germán Roscio, por el partido de la villa de Calabozo; Felipe Fermín Paúl, por el partido de San Sebastián; Francisco Javier Ustáriz, por el partido de San Sebastián; Nicolás de Castro, diputado de Caracas; Juan Antonio Rodríguez Domínguez, Presidente, diputado de Nutrias, en Barinas; Luis Ignacio Mendoza, Vicepresidente, diputado de Obispos, en Barinas; Fernando de Peñalver, diputado de Valencia; Gabriel Pérez de Pagola, diputado de Ospino; Salvador Delgado, diputado de Nirgua; el Marqués del Toro, diputado de la ciudad del Tocuyo; Juan Antonio Díaz Argote, diputado de la Villa de Cura; Gabriel de Ponte, diputado de Caracas; Juan José Maya, diputado de San Felipe; Luis José de Cazorla, diputado de Valencia; doctor José Vicente Unda, diputado de Guanare; Francisco Javier Yanes, diputado de Araure; Fernando Toro, diputado de Caracas; Martín Tovar Ponte, diputado de San Sebastián; Juan Toro, diputado de Valencia; José Ángel de Álamo, diputado de Barquisimeto; Francisco Hernández, diputado de San Carlos; Lino de Clemente, diputado de Caracas.

Por la provincia de Cumaná, Francisco Javier de Mayz, diputado de la capital; José Gabriel de Alcalá, diputado de ídem; Juan Bermúdez, diputado del Sur; Mariano de la Cova, diputado del Norte.

Por la de Barcelona, Francisco Miranda, diputado del Pao; Francisco Policarpo Ortiz, diputado de San Diego.

Por la de Barinas, Juan Nepomuceno de Quintana, diputado de Achaguas; Ignacio Fernández, diputado de la capital de Barinas; Ignacio Ramón Briceño, representante de Pedraza; José de Sata y Bussy, diputado de San Fernando de Apure; José Luis Cabrera, diputado de Guanarito; Ramón Ignacio Méndez, diputado de Guasualito; Manuel Palacio, diputado de Mijagual.

Por la de Margarita, Manuel Plácido Maneyro.

Por la de Mérida, Antonio Nicolás Briceño, diputado de Mérida; Manuel Vicente de Maya, diputado de La Grita.



Marcela Larrea
colabora
con el jurado
en lengua portuguesa
del I Concurso
de Ortografía

Por la de Trujillo, Juan Pablo Pacheco.
Por la villa de Aragua, provincia de Barcelona, José María Ramírez.
Refrendado: Hay un sello. Francisco Isnardy, Secretario.

Palacio Federal de Caracas, 8 de julio de 1811. Por la Confederación de Venezuela, el Poder Ejecutivo ordena que el Acta antecedente sea publicada, ejecutada y autorizada con el sello del Estado y Confederación.

Cristóbal de Mendoza, Presidente en turno; Juan de Escalona; Baltasar Padrón; Miguel José Sanz, Secretario de Estado; Carlos Machado, Canciller Mayor; José Tomás Santana, Secretario de Decretos.

En consecuencia, el Supremo Poder Ejecutivo ordena y manda que se pase oficio de ruego y encargo al muy reverendo Arzobispo de esta Diócesis, para que disponga que el día de la solemne publicación de nuestra Independencia, que debe ser el domingo 14, se dé, como voluntariamente ha ofrecido y corresponde, un repique de campanas en todas las iglesias de esta capital, que manifieste el júbilo y alegría del virtuoso pueblo caraqueño y su prelado apostólico. Y que en acción de gracias al Todopoderoso por sus beneficios, auxilios y suma bondad en restituírnos al estado en que su providencia y sabiduría infinita creo al hombre, se cante el 16 misa solemne con Te deum en la Santa Iglesia Metropolitana, asistiendo a la función todos los cuerpos y comunidades en la forma acostumbrada.

Que se haga salve general por las tropas al acto de dicha publicación y se enarbole la bandera y pabellón nacional en el cuartel de San Carlos, pasándose al efecto la orden al Gobernador militar por la Secretaría de Guerra; y desde hoy en adelante se use por todos los ciudadanos, sin distinción, la escarapela y divisa de la Confederación venezolana, compuesta de los colores azul celeste al centro, amarillo y encarnado a las circunferencias, guardando en ella uniformidad.

Que se ilumine por tres noches la ciudad, de un modo noble y sencillo, sin profusión ni gastos importunos, empezando desde el propio día domingo.

Que inmediatamente se reciba a la tropa el juramento de reconocimiento y fidelidad, prescrito por el Supremo Congreso, cuyo acto solemne se hará públicamente, y a presencia del referido gobernador militar y demás jefes de la guarnición.

Que en los días subsecuentes al de esta publicación, comparezcan ante S. A. el Supremo Poder Ejecutivo todos los cuerpos de esta ciudad, políticos, eclesiásticos y militares, a prestar el propio juramento, y que por lo embarazoso y dispendioso que se haría este acto, si hubiesen de prestarlo también todos los individuos ante S. A., se comisiona a los alcaldes de cuartel, para que con la escrupulosidad, circunspección y exactitud que corresponde en materia tan delicada, procedan a tomarle, y recibirle por la fórmula que se les comunicará, conforme a lo prescrito por el Supremo Congreso, concurriendo a sus casas, o donde señalaren los de cada cuartel, desde el miércoles 17 del corriente, a las nueve de la mañana hasta la una; y por la tarde, desde las cuatro hasta las siete de la noche; prevenidos de que este juramento



*Corrillo preparatorio
de la X Semana del Traductor
y del Intérprete. De izq. a der.,*

Luisa T. Arenas,

Sara Pacheco,

Leonardo Laverde,

Randold Millán,

Marcela Larrea (de pie),

Gabriela González,

Florimar Andrade,

Adrianka Arvelo,

María C. Salazar,

Carmelo Velásquez

y Félix Figueroa

será el acto característico de su naturalización y calidad de ciudadano, como también de la obligación en que quedará el Estado a proteger su honor, persona y bienes; sentando en un libro esta operación que deben firmar los juramentados, si supieren, o en su defecto otro a su ruego, cuyo libro deberán remitir dentro de veinte días, que se asignan de término para esto, a la Secretaria de Estado para archivar.

Que se pase por las respectivas secretarías aviso a los comandantes militares y políticos de los puertos de La Guaira y Cabello, y a las demás justicias y regimientos de las ciudades, villas y lugares de esta provincia, con copia del acta, y decreto del Supremo Congreso, relativo a ella, para que dispongan su ejecución, publicación y cumplimiento, y se haga el juramento, según queda ordenado.

Que se comunique también a las provincias confederadas para su inteligencia y observancia, como lo ordena el Supremo Congreso. Y finalmente, que en el concepto de que por la declaratoria de Independencia han obtenido los habitantes de estas provincias y sus confederadas la dignidad y honrosa vestidura de ciudadanos libres, que es lo más apreciable de la sociedad, el verdadero título del hombre racional, el terror de los ambiciosos y tiranos, y el respeto y consideración de las naciones cultas, deben por lo mismo sostener a toda costa esta dignidad, sacrificando sus pasiones a la razón y a la justicia, uniéndose afectuosa y recíprocamente; y procurando conservar entre sí la paz, fraternidad y confianza que hacen respetables, firmes y estables los estados, cuyos miembros proscriben las preocupaciones insensatas, odios y personalidades, que tanto detestan las sabias máximas naturales, políticas y religiosas; en el concepto de que el Supremo Gobierno sabe muy bien que no hay para los ciudadanos nada más sagrado que la patria, ni más digno de castigo que lo contrario a sus intereses; y que por lo mismo sabrá imponer con la mayor severidad las penas a que se hagan acreedores los que de cualquier modo perturben la sociedad y se hagan indignos de los derechos que han recuperado por esta absoluta independencia ya declarada, y sancionada legítimamente con tanta razón, justicia, conveniencia y necesidad.

El Supremo Poder Ejecutivo, finalmente, exhorta y requiere, ordena y manda a todos, y a cada uno de los habitantes, que uniéndose de corazón y resueltos de veras, firmes, fuertes y constantes, sostengan con sus facultades corporales y espirituales la gloria que con tan sublime empresa adquieren en el mundo, y conservarán en la historia con inmortal renombre.

Dado en el Palacio Federal de Caracas, firmado de los ministros que componen el Supremo Poder Ejecutivo, sellado con el provisional de la Confederación, y refrendado del infrascrito secretario, con ejercicio de decretos.

Cristóbal de Mendoza, Presidente en turno.

Juan de Escalona.

Baltazar Padrón. José Tomás Santana, Secretario



Elie-Paul Rouche, ganador del V Concurso de Traducción de la EIM, recibe un ejemplar de Eventos VIII

Traducción de Elie-Paul Rouche, ganador en lengua francesa

ACTE D'INDÉPENDANCE DU VENEZUELA, DE 1811 5 juillet 1811

Au nom de Dieu Tout-puissant, nous soussignés, les représentants des Provinces Unies de Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita, Barcelona, Mérida et Trujillo, qui formons la Confédération américaine du Venezuela dans le continent méridional, réunis au Congrès, dans la pleine et absolue possession de nos droits, que nous avons recouvrés justement et légitimement depuis le 19 avril 1810, à la suite de la journée de Bayonne et de l'avènement d'une nouvelle dynastie au trône espagnol, laquelle s'en est emparé et l'occupe sans notre consentement, nous voulons, avant d'utiliser les droits dont nous avons été spoliés par la force durant plus de trois siècles, et que nous a restitués l'ordre politique des événements humains, manifester au monde les raisons qui ont surgi de ces mêmes faits et autorisent le libre usage que nous allons faire de notre souveraineté.

Toutefois, nous ne commencerons pas par revendiquer les droits qu'a tout pays conquis pour récupérer sa souveraineté et son indépendance; nous sommes disposés à oublier généreusement la longue série de maux, préjudices et spoliations que le funeste « droit du vainqueur » a occasionnés sans distinction chez tous les descendants de pionniers, colonisateurs et immigrants de ces pays, d'autant plus lamentables que de par leur statut, ils méritaient d'être protégés ; nous sommes disposés à tirer un trait sur les trois cents années de domination espagnole en Amérique ; nous nous en tiendrons aux faits authentiques et notoires qui ont pu séparer et de fait ont séparé un monde de l'autre, au milieu des troubles, du désordre et de la conquête qui a défait la nation espagnole.

Ces troubles ont augmenté les maux de l'Amérique, en rendant vains les recours et les réclamations, et en permettant l'impunité des gouverneurs espagnols pour humilier et opprimer cette partie de la nation en la laissant sans la protection et la garantie des lois.

Il est contraire à la logique, impossible pour le gouvernement espagnol et funeste pour l'Amérique que, disposant d'un territoire infiniment plus grand et d'une population incomparablement plus nombreuse, celle-ci soit soumise à la volonté d'une extrémité péninsulaire du continent européen.

Les séances et abdications de Bayonne, les journées de l'Escorial et d'Aranjuez ainsi que les ordres à l'Amérique du lieutenant duc de Berg auraient dû rétablir les droits que, jusqu'à ce jour, les Américains ont sacrifiés pour l'unité et l'intégrité de la nation espagnole. Le Venezuela a été le premier à reconnaître et à préserver généreusement cette intégrité afin de ne pas abandonner la cause de ses frères de même sang tant qu'il y a eu le moindre espoir de salut.

L'Amérique a repris vie depuis qu'elle a pu et a dû assumer son destin et sa conservation. De la même façon que l'Espagne a pu — ou non — reconnaître les droits d'un roi qui donnait davantage d'importance à son existence qu'à la dignité de la nation qu'il gouvernait.

Quand les Bourbons ont participé aux illégitimes stipulations de Bayonne, abandonnant le territoire espagnol contre la volonté du peuple, ils ont fait preuve de manquement et de mépris et foulé aux pieds le devoir sacré auquel ils s'étaient engagés avec les Espagnols des deux mondes qui, pourtant, au moyen de leur sang et de leurs biens, les avaient favorisés aux dépens de la Maison d'Autriche ; c'est ce comportement qui les a fait juger inaptes et incapables de gouverner un peuple libre qu'ils ont livré comme un troupeau d'esclaves.

Les gouvernements intrus qui se sont approprié la représentation nationale ont profité perfidement des inclinations que la bonne foi, l'éloignement, l'oppression et l'ignorance donnaient aux Américains pour la nouvelle dynastie qui s'était imposée en Espagne par la force ; et au moyen de ces mêmes principes, ils ont renforcé parmi nous l'image faussement favorable de Ferdinand pour nous dévorer et nous humilier impunément alors même qu'ils nous promettaient la liberté, l'égalité et la fraternité avec des discours pompeux et des phrases élégantes, pour mieux dissimuler le leurre d'une représentation viciée, inutile et dégradante.

Après leur dissolution, ils ont détruit et substitué dans leurs rangs les différentes formes de gouvernement de l'Espagne et après que l'impérieuse loi de la nécessité a imposé au Venezuela de veiller à sa propre préservation pour donner libre cours et préserver les droits de son roi et offrir une terre d'asile à ses frères d'Europe contre les maux qui les menaçaient, on a ignoré toute sa conduite précédente, on a mal interprété ses principes qu'on a qualifiés d'insurrection, de perfidie et d'ingratitude, ceux-là mêmes qui avaient pourtant servi de normes aux gouvernements d'Espagne, parce que le monopole de l'administration qu'il voulaient perpétuer au nom d'un roi imaginaire leur était devenu impossible.

Malgré nos protestations, notre modération, notre générosité et l'inviolabilité de nos principes, contre la volonté de nos frères d'Europe, on nous déclare en état de rébellion, on dresse contre nous un blocus, on nous harcèle, on nous envoie des agents pour développer des guerres intestines et l'on essaie de nous discréditer parmi les nations de l'Europe en les appelant à l'aide pour nous opprimer.

Sans même prendre en considération nos arguments, sans les présenter au jugement impartial du public et sans autres juges que nos propres ennemis, on nous condamne à un douloureux éloignement avec nos frères ; et pour ajouter le mépris à la calomnie, on nous assigne — contre notre volonté — des représentants pour que, devant leurs Tribunaux, ils disposent arbitrairement de nos intérêts sous l'influence et la pression de nos ennemis.

Afin d'anéantir toute possibilité de réaction de notre représentation, quand ils se sont trouvés obligés de nous l'accorder, ils nous ont réduits à des moyens misérables et affaiblis et ils ont soumis toute possibilité d'élection à la voix passive des Conseils rendus impuissants par le despotisme des gouverneurs ; ce qui au lieu de la reconnaissance de notre incontestable importance politique est une offense à notre sincérité et à notre bonne foi.

Toujours sourds à nos clameurs de justice, les gouvernements espagnols se sont employés à dénigrer tous nos efforts en les déclarant criminels et en répondant avec l'infamie, l'échafaud

et la confiscation des biens à toutes les tentatives qu'ont faites au cours de l'histoire quelques Américains pour le bien-être de leurs nations, telle celle-ci exigée dernièrement pour notre propre survie, afin de ne pas être impliqués dans les bouleversements que nous prévoyions et qui nous conduiraient à un tragique avenir que nous allons définitivement juguler. C'est au moyen de cette abominable stratégie qu'ils sont parvenus à rendre nos frères insensibles à nos malheurs, à leur faire prendre les armes contre nous, à leur faire oublier les sentiments d'amitié et les liens du sang qui nous unissent et à convertir en ennemis une partie de notre grande fratrie.

Quand, nous, fidèles à nos promesses, avons sacrifié notre sécurité et notre dignité civile pour ne pas abandonner les droits que nous préservions généreusement à Ferdinand de Bourbon, nous nous sommes rendu compte qu'aux liens de l'obéissance qui l'unissaient à l'empereur des Français sont venus s'ajouter ceux du sang et de l'amitié, raison pour laquelle même le gouvernement espagnol a déjà déclaré sa résolution de ne le reconnaître que sous réserve.

Nous avons passé trois ans dans cette pénible situation d'indécision et d'ambiguïté politique, si préjudiciable et si dangereuse qu'à elle seule elle suffirait à justifier la résolution que la force de nos promesses et les liens de la fraternité nous avaient fait reporter ; jusqu'à ce que nous nous soyons trouvés contraints d'aller au-delà de ce que nous nous étions proposé, où nous a conduits le comportement hostile et inhumain des gouvernements d'Espagne, qui nous a relevés du serment conditionnel par lequel nous avons été convoqués à l'auguste représentation que nous exerçons.

Mais nous, qui nous vantons d'établir nos procédés sur les meilleurs principes et qui nous refusons à établir notre bonheur sur le malheur de nos semblables, nous considérons et déclarons comme nos alliés, comme nos compagnons de destinée et co-acteurs de notre bien-être, ceux qui, unis à nous par les liens du sang, de la langue et de la religion, ont souffert les mêmes maux dans le précédent régime ; à la condition qu'ils reconnaissent notre indépendance absolue vis-à-vis d'eux-mêmes et de toute autre domination étrangère, qu'ils nous aident à la défendre par leur vie, leurs biens et leur opinion et nous les déclarons et les reconnaissons (ainsi qu'à tout autre peuple) comme nos ennemis dans la guerre et comme nos amis, frères et compatriotes dans la paix.

En référence à toutes ces solides, publiques et incontestables raisons politiques qui justifient absolument la nécessité de recouvrer la dignité naturelle que l'avènement des faits nous a restituée, en vertu des droits imprescriptibles qu'ont les peuples pour renier tout pacte, convention ou association qui ne satisfait pas les objectifs pour lesquels ont été institués les gouvernements, nous croyons que nous ne pouvons ni ne devons conserver les liens qui nous liaient avec le gouvernement d'Espagne et que, comme toutes les nations du monde, nous sommes libres et souverains pour ne dépendre d'aucune autre autorité que la nôtre et aspirer au rang, entre les puissances du monde, que l'Être suprême et la nature nous assignent et auquel nous appellent la succession des événements humains ainsi que notre propre bien-être et nécessité.

Bien que nous connaissions les difficultés et les obligations inhérentes que nous impose la place que nous allons occuper dans l'ordre politique mondial ainsi que la puissante influence des procédés et des habitudes auxquels nous avons été, malgré nous, habitués, nous sommes aussi conscients que la honteuse soumission à celles-ci, alors que nous pourrions la rejeter, serait plus infamante pour nous, et plus funeste pour notre postérité, que notre long et pénible

asservissement et qu'il est de notre indispensable devoir de veiller à notre conservation, sécurité et bien-être en modifiant radicalement toutes les formes de notre précédente constitution.

En conséquence, estimant pour toutes ces raisons satisfait le respect que nous devons aux opinions du genre humain et à la dignité des autres nations, au nombre desquelles nous allons compter et avec lesquelles nous avons des liens d'échange et d'amitié, nous, les représentants des Provinces Unies du Venezuela, prenons l'Être Suprême comme témoin de la justice de nos procédés et de la rectitude de nos intentions, implorons son aide divine et céleste et ratifions, au moment où nous naissons à la dignité, que sa providence nous restitue le désir de vivre et de mourir libres, dans la croyance et la défense de la sainte, catholique et apostolique religion de Jésus-Christ. En conséquence, Nous soussignés, au nom et avec la volonté et le pouvoir que nous a assignés le vaillant peuple du Venezuela, déclarons solennellement au monde que ses Provinces unies sont et doivent être à partir d'aujourd'hui, de fait et de droit, des Etats libres, souverains et indépendants et qu'ils sont exempts de toute soumission et dépendance à la Couronne d'Espagne ou de tous ceux qui se disent ou pourraient se dire leurs fondés de pouvoir ou représentants et que comme tel, l'Etat libre et indépendant a les pleins pouvoirs pour se donner la forme de gouvernement qui soit conforme à la volonté générale de son peuple, pour déclarer la guerre, faire la paix, établir des alliances, élaborer des traités commerciaux, de frontières et de navigation, faire et exécuter tous les autres actes que font et exécutent les nations libres et indépendantes.

Et pour rendre valide, incontestable et impérissable notre déclaration solennelle, les provinces nous donnons et nous engageons mutuellement nos vies, nos biens et le caractère sacré de notre honneur national.

Ecrit au Palais Fédéral de Caracas, signé de notre main, scellé avec le grand sceau provisoire de la Confédération, ratifié par le Secrétaire du Congrès, le cinq juillet mille huit cent onze, an premier de notre indépendance.

Pour la province de Caracas, Isidoro Antonio López Méndez, député de la ville de Caracas; Juan Germán Roscio, représentant de la ville de Calabozo, Felipe Fermín Paúl, représentant de San Sebastián, Francisco Javier Ustáriz, représentant de San Sebastián ; Nicolás de Castro, député de Caracas ; Juan Antonio Rodríguez Domínguez, Président, député de Nutrias dans la province de Barinas ; Luis Ignacio Mendoza, Vice-Président, député de Obispos, dans la province de Barinas ; Fernando de Peñalver, député de Valencia ; Gabriel Pérez de Pagola, député de Ospino ; Salvador Delgado, député de Nirgua ; le Marquis del Toro, député de la ville de Tocuyo ; Juan Antonio Díaz Argote, député de la Villa de Cura ; Gabriel de Ponte, député de Caracas ; Juan José Maya, député de San Felipe ; Luis José de Cazorla, député de Valencia ; docteur José Vicente Unda, député de Guanare; Francisco Javier Yanes, député de Araure; Fernando Toro, député de Caracas ; Martín Tovar Ponte, député de San Sebastián ; Juan Toro, député de Valencia ; José Ángel de Álamo, député de Barquisimeto ; Francisco Hernández, député de San Carlos ; Lino de Clemente, député de Caracas.

Pour la province de Cumaná, Francisco Javier de Mayz, député de la capitale ; José Gabriel de Alcalá, député de la même ; Juan Bermúdez, député du Sud, Mariano de la Cova, député du Nord.

Pour celle de Barcelona, Francisco Miranda, député du Pao ; Francisco Policarpo Ortiz, député de San Diego.



*“Yo estoy dispuesto
a emplear todo el poder
que me está confiado
para hacer que este cuerpo
[la Universidad Central
de Venezuela] ocupe
un lugar distinguido
entre las universidades
del mundo”.*
Simón Bolívar

Pour celle de Barinas, Juan Nepomuceno de Quintana, député de Achaguas ; Ignacio Fernández, député de la capitale de Barinas ; Ignacio Ramón Briceño, représentant de Pedraza ; José de Sata y Bussy, député de San Fernando de Apure ; José Luis Cabrera, député de Guanarito ; Ramón Ignacio Méndez, député de Guasualito, Manuel Palacio, député de Mijagual.

Pour celle de Margarita, Manuel Plácido Maneyro.

Pour celle de Mérida, Antonio Nicolás Briceño, député de Mérida ; Manuel Vicente de Maya, député de La Grita.

Pour celle de Trujillo, Juan Pablo Pacheco.

Pour la ville d’Aragua, province de Barcelona, José María Ramírez.

Ratifié : Il y a un sceau. Francisco Isnardy, Secrétaire.

Palais Fédéral de Caracas, 8 juillet 1811. Pour la Confédération du Venezuela, le Pouvoir Exécutif ordonne que le précédent Acte soit publié, exécuté et autorisé avec le sceau de l’Etat et Confédération.

Cristóbal de Mendoza, actuel Président ; Juan de Escalona ; Baltasar Padrón; Miguel José Sanz, Secrétaire d’Etat ; Carlos Machado, Grand Chancelier ; José Tomás Santana, Garde des Sceaux.

En conséquence, le Pouvoir Exécutif Suprême ordonne et exige que l’on fasse la demande au Révérendissime Archevêque de ce Diocèse pour qu’il décrète que le jour de la solennelle publication de notre Indépendance, qui doit être le dimanche 14, l’on procède, ainsi qu’il l’a spontanément proposé et comme il lui incombe, au carillonnement des cloches dans toutes les églises de la capitale, pour manifester l’extrême joie du brave peuple de Caracas et de son prélat apostolique. Et qu’en actions de grâce au Tout-Puissant pour ses bienfaits, aides et miséricorde infinie en nous rétablissant dans l’état dans lequel sa providence et sagesse infinie a créé l’homme, l’on chante le 16 une messe solennelle avec le Te deum dans la Sainte Eglise Métropolitaine à la fonction de laquelle assisteront tous les corps et communautés selon leur habitude.

Que l’on fasse accomplir un salvé général par les troupes lors de l’acte de publication et que l’on arbore le pavillon national dans la caserne de San Carlos, en transmettant l’ordre au Gouverneur militaire par l’intermédiaire du Secrétariat de la Défense ; et qu’à partir d’aujourd’hui, tous les citoyens, sans distinction, utilisent la cocarde et l’insigne de la Confédération vénézuélienne, composée, dans d’égales proportions, des couleurs bleu ciel au centre, jaune et rouge sur les parties circonvoisines.

Que, trois jours durant, la ville soit illuminée d’une façon noble et simple, sans gaspillage ni dépenses inconsidérées, à partir de ce dimanche même.

Que l’armée prête immédiatement le serment de reconnaissance et fidélité prescrit par le Congrès Suprême en un acte solennel que l’on rendra public et en présence du gouverneur militaire déjà mentionné ainsi que des autres chefs de la garnison.

Que dans les jours suivant cette publication, comparaissent devant son Excellence le Pouvoir Exécutif Suprême, tous les corps de cette ville, politiques, ecclésiastiques et militaires, afin qu’ils prêtent serment et qu’à cause de la longueur et de la complication que revêtirait cet acte si tous les individus devaient prêter serment devant son Excellence, l’on délègue les

maires des quartiers pour qu'avec tout le soin, la circonspection et l'exactitude nécessaires dans un domaine aussi délicat, ils s'occupent de le recevoir avec le procédé qu'on leur indiquera, conformément à ce qui est prescrit par le Congrès Suprême, en se rendant à leur domicile ou aux lieux que leur signaleront les maires de chaque quartier, à partir du mercredi 17 de ce mois, depuis neuf heures du matin jusqu'à une heure ; et dans l'après-midi, depuis quatre heures jusqu'à sept heures du soir ; il sera porté à leur connaissance que ce serment constitue l'acte caractéristique de leur nouveau statut et qualité de citoyen, ainsi que de l'obligation où se trouvera l'Etat de protéger leur honneur, personne et biens ; qu'on inscrive cette opération dans un registre que doivent signer tous ceux qui ont prêté serment, s'ils le peuvent ou, à défaut, toute personne désignée par eux ; ce registre devra être envoyé, dans un délai de vingt jours, délai de rigueur, au Secrétariat d'Etat pour y être archivé.

Que l'on avise, par l'intermédiaire des secrétariats respectifs, les chefs militaires et politiques des ports de La Guaira et de Cabello et les autres corps de justice et régiments de chaque ville, bourg et lieu de cette province, avec copie de l'acte et décret afférent du Congrès Suprême afin que l'on ordonne son exécution, publication et obéissance et que l'on prête serment, comme cela a été stipulé.

Qu'on le communique également aux provinces confédérées pour leur compréhension et observance, ainsi que l'a ordonné le Congrès Suprême. Et finalement, considérant que par la déclaration de l'Indépendance, les habitants de ces provinces et de leur confédération ont obtenu la dignité et l'honorable statut de citoyens libres — chose la plus appréciable au monde, titre suprême auquel puisse prétendre un homme rationnel, terreur des ambitieux et des tyrans, motif de respect et de considération des nations civilisées —, ils doivent pour cela même défendre à tout prix cette dignité, en sacrifiant leurs passions à la raison et à la justice, en s'unissant pacifiquement et de façon réciproque ; et en s'efforçant de conserver entre eux la paix, la fraternité et la confiance qui rendent respectables, solides et stables les états dont les membres proscrivent les actions insensées, les haines et le culte des personnalités, que dénoncent si bien les sages maximes naturelles, politiques et religieuses ; étant donné que le Gouvernement Suprême sait fort bien qu'il n'y a rien pour les citoyens de plus sacré que la patrie, ni de plus digne de châtement que ce qui est contraire à ses intérêts et que, pour cela même, il saura imposer avec la plus grande sévérité les peines dont seraient passibles ceux qui, d'une façon ou d'une autre, perturberaient la société et se rendraient indignes des droits recouverts par cette absolue indépendance déjà déclarée et légitimement décrétée à bon droit et à juste raison.

Finalement, le Pouvoir Exécutif Suprême exhorte, exige, ordonne et commande à tous et à chacun des habitants que, en s'unissant sincèrement et profondément résolus, fermes, forts et constants, ils soutiennent avec corps et âmes la gloire qu'une si sublime entreprise acquerra à travers le monde et perpétuera tout au long de l'histoire avec un immortel prestige.

Ecrit au Palais Fédéral de Caracas, signé par les Ministres qui forment le Pouvoir Exécutif Suprême, scellé avec le sceau provisoire de la Confédération et ratifié par le secrétaire soussigné en plein exercice de ses pouvoirs.

Cristóbal de Mendoza, actuel Président.

Juan de Escalona.

Baltazar Padrón. José Tomás Santana, Secrétaire.

Jurado: Sancho Araujo y Luis Roberts



Luisa E. Serpa, ganadora del V Concurso de Traducción en lengua inglesa, sonríe minutos antes de recibir su premio

Traducción de Luisa E. Serpa de Vollbracht, ganadora en lengua inglesa

VENEZUELAN INDEPENDENCE ACT OF 1811 July 5, 1811

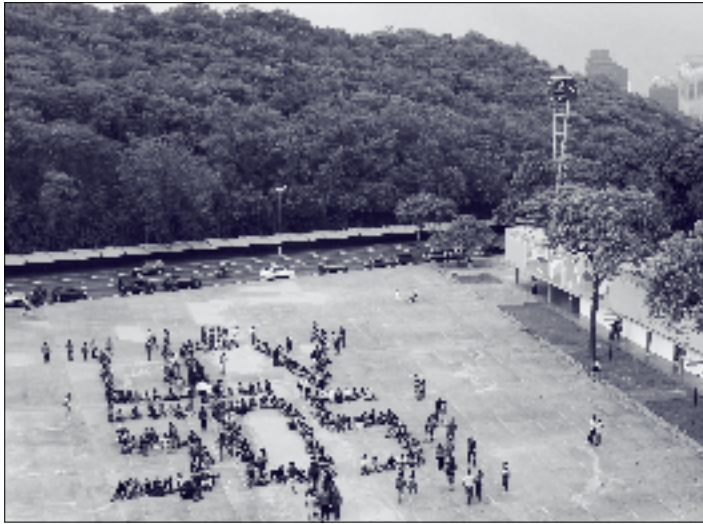
In the name of God Almighty,

We, the representatives of the United Provinces of Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita, Barcelona, Mérida, and Trujillo, all of which form the American Confederation of Venezuela in the southern continent, in Congress assembled, and considering the full and absolute possession of our rights, which we have recovered fairly and legitimately since April 19, 1810 as a consequence of the abdications at Bayonne and the occupation of the Spanish throne by the conquest and succession of a new dynasty established without our consent, prior to using the rights we were deprived of by force for more than three centuries and restored to us by the course of human events, wish to declare to the universe the reasons derived from said events, whereby we are entitled to the free exercise of our sovereignty.

We do not intend, however, to begin by arguing the rights which every conquered country holds to recover its state of freedom and independence. We shall generously overlook the long series of afflictions, injuries, and deprivations caused indistinctly by the ill-fated law of conquest upon all of the descendants of the discoverers, conquerors, and settlers of these countries, who fell into a miserable condition for the same reason which should have given them happiness; and drawing a veil over those three hundred years of Spanish domination in America, we shall only submit the authentic and evident facts which have resulted in the separation of one world from another, in the disruption, disorder, and conquest which have already dissolved the Spanish nation.

Such disorder has increased the afflictions of America by disabling all petitions for redress and complaints and by enabling the governors appointed by Spain to insult and oppress this part of the nation with impunity, thus leaving us without the protection and guarantee of the laws.

It is contrary to the order, impossible to the government of Spain, and detrimental to America that, having a much more extensive territory and a population incomparably more



*El grito de auxilio
en los inicios del conflicto
universitario 2013.
Foto participante
del I Concurso de fotografía
Vuelta al reloj en 80 fotos*

numerous, we should be dependant and submitted to a peninsular angle of the European continent.

The cessions and abdications at Bayonne, the events at El Escorial and Aranjuez, and the orders issued by the Lieutenant Duke of Berg to America gave rise to the exercise of the rights, which until then had been sacrificed by the Americans to the unity and integrity of the Spanish nation. Venezuela was the first to acknowledge and generously uphold such integrity so as not to abandon the cause of her brothers while there was the least hope of salvation.

America began a new existence from the moment she could and should take control over her own fate and preservation. Like Spain, she has become free to acknowledge, or deny, the rights of a king who had considered his own existence to be

more important than the dignity of the nation over which he ruled.

All the Bourbons took part in the invalid stipulations of Bayonne, abandoning the Spanish territory against the will of the people. They contravened, disdained, and trampled the sacred duty which they had contracted with the Spaniards of both worlds, who in turn had contributed their blood and treasures to place them on the throne in defiance of the House of Austria. In view of such behavior, they are deemed unable and unfit to rule a free people, whom they handed over like a gang of slaves.

The intrusive governments, who took over the national representation, treacherously took advantage of the provisions granted to the Americans in their good faith, distance, oppression, and ignorance to use them against the new dynasty established in Spain by force; and contrary to their own principles, they maintained among us the illusion in favor of Ferdinand, yet only to devour and humiliate us with impunity, while promising liberty, equality, and fraternity during pompous speeches and prefabricated phrases to conceal the entrapment of a representation which was deceiving, useless, and degrading.

After the dissolution, substitution, and mutual destruction of the various forms of the Spanish government, and Venezuela found herself in the pressing need to provide for her own preservation in order to convey and defend the rights of her king and offer refuge to her European brothers from the evils by which they were threatened, all of her previous services were disregarded, the principles were changed, and what had once constituted the norm came to be regarded by the Spanish government as insurrection, perfidy, and ingratitude as the door to the monopoly of power they aspired to perpetuate in the name of an imaginary king was closing.

In spite of our protests, our moderation, our generosity, and the inviolability of our principles, and against the will of our brothers in Europe, we were declared in a state of rebellion; we were blockaded, harassed; agents were sent among us to induce revolt against one another; and we were discredited before the European nations, which were called to declare war against us.

Without showing the least consideration for our reasons, without submitting them to the impartial judgment of the world, and without any other judges but our own enemies, we were condemned to be painfully isolated from our brothers; and adding contempt to calumny, they empowered agents against our express will to arbitrarily dispose of our interests in their Cortes under the influence and force of our enemies.



*De izq. a der.,
Jonathan Gómez,
Marián Vázquez
y Pablo Álvarez,
ganadores del tercer,
primer y segundo lugar,
respectivamente,
del IV Concurso
Traductores
en la Historia*

Seeking to smother and ruin the effects of our representation, which they were obligated to acknowledge, they subjected us to ungenerous and insignificant proportions, submitting our forms of election to the passive voice of city councils degraded by the despotism of their governors, which was an insult to our simplicity and good faith rather than a recognition of our indisputable political importance.

Always deaf to our cries for justice, the governments of Spain have endeavored to discredit all of our efforts by declaring as criminal and labeling as dishonorable, or condemning to the scaffold or to confiscation, any Americans who, in different periods, have attempted to bring happiness to their country. Such is the case which has lately impelled us to look unto our own security so as to prevent being involved in the disorders

we fear are inevitable and meeting the horrible fate which we are about to avert from us forever. With this atrocious policy, they have succeeded in rendering our brothers insensible to our misfortunes, arming them against us, erasing the tender impressions of friendship and kindred from their hearts, and converting a part of our large family into our enemies.

While we, faithful to our pledge, were sacrificing our security and civil dignity in support of the rights of Ferdinand de Bourbon, we saw that, to the relationship of power which bound him to the Emperor of the French, he added the bonds of blood and friendship, due to which even the governments of Spain have resolved not to acknowledge him but only conditionally.

We have endured such painful experience for three years in political indecision and ambiguity, so fateful and harmful, that this alone should suffice to bring forth the resolution which our faithful allegiance and the bonds of fraternity had caused us to defer, until necessity has made us go further than we had first intended, impelled by the hostile and unnatural conduct of the Spanish governments, thus relieving us from the conditional oath and conferring upon us the august representation which we are now called to exercise.

However, because we pride ourselves on our actions based upon the best principles and do not wish to establish our contentment at the expense of the misfortunes of our fellow men, we consider and declare as friends and partners in our destiny, partaking of our happiness, all of those who, united to us by the bonds of blood, language, and religion, have suffered the same calamities under the former rule, so long as they acknowledge our absolute independence thereof and of any other foreign domination whatsoever and help us to support it with their lives, fortunes, and opinions; and we shall hold them, as we hold the rest of the nations, enemies in war, and friends, brothers, and fellow countrymen in peace.

In light of all of these solid, public, and irrefutable political arguments, which strongly persuade us to regain our natural rights, restored to us by the course of events, and by authority of the inalienable right of the people to dissolve any covenant, agreement, or association failing to fulfill the purposes for which governments are instituted, we believe that we cannot, and should not continue to uphold the ties that bound us to the government of Spain, and that, like all other peoples of the world, we are free and authorized to dispense with the dependence upon any authority other than our own, and to take our equal place among all the great nations on earth, which God and nature have assigned to us, and to which we have been called by the course of human events and for our own sake and benefit.



*Luisa Teresa Arenas
sonríe satisfecha
por el contacto
en la distancia
con Martha Pulido
de la Universidad
de Antioquia,
Colombia*

While aware of the difficulties implied and the obligations imposed by the new position which we are about to assume in the political order of the world, and of the powerful influence of the forms and habits to which, to our regret, we have grown accustomed, we are also aware that a shameful submission to them, when it is in our power to rid ourselves of them, would prove more ignominious to ourselves and more fatal to our posterity than our long and painful servitude; and that it is now our indispensable duty to provide for our preservation, security, and happiness, by essentially altering all of the forms of our former constitution.

Therefore, convinced that with all of these reasons we have fulfilled the respect we owe to the opinions of mankind and to the dignity of other nations with which we are about to rank,

and of whose friendly correspondence we rest assured: We, the representatives of the United Provinces of Venezuela, appealing to the Supreme Judge to witness the justice of our actions and the rectitude of our intentions, imploring His divine and heavenly assistance, and ratifying our faith that through His providence, our desire to live and to die free is restored at a moment in which we are born to dignity, believing and defending the holy, Catholic, and apostolic religion of Jesus Christ, by the will and authority we hold in the name of the virtuous people of Venezuela, hereby solemnly proclaim to the world that these United Provinces are, and should be, from this day forth, in practice and in law, free, sovereign, and independent States, and absolved from all allegiance to and dependence upon the Crown of Spain or those who call or may hereafter call themselves its agents or representatives; and that as such free and independent State, we hold full power to establish the form of government which conforms to the general will of its people, to declare war, make peace, form alliances, establish commercial treaties, boundaries, navigation, as well as to do and execute any other acts done and executed by free and independent nations.

And to render this solemn Declaration valid, firm, and durable, we mutually pledge to each other our lives, our fortunes, and our national honor.

Given and signed by our own hands in the Federal Palace of Caracas; sealed with the Great Provisional Seal of the Confederation and endorsed by the Secretary of Congress, on this 5th day of July, 1811, the first of our independence.

For the Province of Caracas, Isidoro Antonio López Méndez, Representative for the city of Caracas; Juan Germán Roscio, for the county of Calabozo; Felipe Fermín Paúl, for the county of San Sebastián; Francisco Javier Ustáriz, for the county of San Sebastián; Nicolás de Castro, Representative for Caracas; Juan Antonio Rodríguez Domínguez, President, Representative for Nutrias in Barinas; Luis Ignacio Mendoza, Vice-President, Representative for Obispos in Barinas; Fernando de Peñalver, Representative for Valencia; Gabriel Pérez de Pagola, Representative for Ospino; Salvador Delgado, Representative for Nirgua; the Marquis del Toro, Representative for the city of Tocuyo; Juan Antonio Díaz Argote, Representative for Villa de Cura; Gabriel de Ponte, Representative for Caracas; Juan José Maya, Representative for San Felipe; Luis José de Cazorla, Representative for Valencia; Doctor José Vicente Unda, Representative for Guanare; Francisco Javier Yanes, Representative for Araure; Fernando Toro, Representative for Caracas; Martín Tovar Ponte, Representative for San Sebastián; Juan Toro,

Representative for Valencia; José Ángel de Álamo, Representative for Barquisimeto; Francisco Hernández, Representative for San Carlos; Lino de Clemente, Representative for Caracas.

For the Province of Cumaná, Francisco Javier de Mayz, Representative for the capital; José Gabriel de Alcalá, Representative for the capital; Juan Bermúdez, Representative for the South; Mariano de la Cova, Representative for the North.

For the Province of Barcelona, Francisco Miranda, Representative for El Pao; Francisco Policarpo Ortiz, Representative for San Diego.

For the Province of Barinas, Juan Nepomuceno de Quintana, Representative for Achaguas; Ignacio Fernández, Representative for the capital of Barinas; Ignacio Ramón Briceño, Representative for Pedraza; José de Sata y Bussy, Representative for San Fernando de Apure; José Luis Cabrera, Representative for Guanarito; Ramón Ignacio Méndez, Representative for Guasdalito; Manuel Palacio, Representative for Mijagual.

For the Province of Margarita, Manuel Plácido Maneyro.

For the Province of Mérida, Antonio Nicolás Briceño, Representative for Mérida; Manuel Vicente de Maya, Representative for La Grita.

For the Province of Trujillo, Juan Pablo Pacheco.

For Villa de Aragua, Province of Barcelona, José María Ramírez.

Countersigned and sealed by Francisco Isnardy, Secretary

DECREE OF THE SUPREME EXECUTIVE POWER

Federal Palace of Caracas, July 8th, 1811

For the Confederation of Venezuela, the Executive Power hereby ordains that the foregoing Act be published, executed, and authorized with the Seal of the State and Confederation.

Cristóbal de Mendoza, President in office; Juan de Escalona; Baltazar Padrón; Miguel José Sanz, Secretary of State; Carlos Machado, Chancellor; José Tomás Santana, Secretary of Decrees.

In consequence, the Supreme Executive Power ordains and decrees:

That an official letter of request and commissioning be delivered to the Most Reverend Archbishop of this Diocese to arrange, on the day of the solemn publication of our Independence, which must take place on Sunday the 14th, and as offered voluntarily and accordingly, for all of the church bells of this capital to ring as an expression of the joy and jubilation of the virtuous people of Caracas and their apostolic prelate, and to celebrate a solemn high Mass with Te Deum at the Holy Metropolitan Church in thanksgiving to God Almighty for his blessings, aids, and great goodness in restoring us to the state in which His divine providence and wisdom created man, with the attendance of all of the bodies and communities, as generally accustomed.

That the troops hail the act of such publication, and the national flag and banner be hoisted at the San Carlos Fort, being the order to this effect issued to the military Governor by the Secretary of War; and that from this day forth, all citizens, without distinction, wear the rosette and emblem of the Venezuelan Confederation, composed of the colors sky blue in the center, and yellow and red on the outer circumferences, keeping its uniformity.

That the city be illuminated for three nights, in a noble and simple manner, without profusion or inopportune expenses, beginning on the same aforementioned Sunday.

That the troops immediately pledge the oath of acknowledgement and loyalty enacted by the Supreme Congress in a solemn and public act, and in the presence of the aforementioned military governor and all other commanders in chief.

That during the days following this publication, all political, ecclesiastical, and military bodies of this city appear before H.H. the Supreme Executive Power to take the oath of allegiance; and given that this act would result extremely difficult and costly for all other individuals to take their oath of allegiance before H.H., all district mayors shall be commissioned to proceed to take and receive their oaths in accordance with the formula soon to be communicated and pursuant to the requirements thereof, with the scrupulousness, circumspection, and precision required in so delicate a matter, by going to their homes, or wherever indicated by each district for such purpose, starting on Wednesday, July 17th from nine o'clock in the morning until one o'clock; and in the afternoon, from four o'clock until seven in the evening; and every individual shall be told that said oath constitutes the characteristic act of their naturalization and citizenship, as well as the obligation of the State to protect their honor, lives, and property; and this operation shall be recorded in a book which must be signed by all sworn individuals, if able; or failing that, by whom they may appoint to do so in their name; and this book shall be submitted within twenty days, as the term established for this, to the Office of the Secretary of State for its proper filing.

That all military commanders and politicians of the ports of La Guaira and Cabello, and all city justices and regiments, villages, and places of this province be notified by the respective secretaries, with a copy of the Act and the related Decree of the Supreme Congress in order to undertake its execution, publication, and enforcement, as well as to take the oath, as ordained.

That all confederate provinces be notified as well for their intelligence and observance, as ordained by the Supreme Congress. And finally, that within the concept that through the Declaration of Independence, the inhabitants of these provinces and their confederates have attained the dignity and honorable vesture of free citizens, which is the most precious value of society, the truest title of rational mankind, the terror of the ambitious and tyrants, and the respect and consideration of cultured nations, they shall therefore maintain said dignity at any cost, sacrificing their passions to reason and justice, uniting affectionately and reciprocally, and endeavoring to preserve among them the peace, fraternity, and trust which make respectable, firm, and stable nations, whose members banish the foolish concerns, hatreds, and individuals who loathe the wise maxims regarding nature, politics, and religion; within the concept that the Supreme Government is well aware that there is nothing more sacred to the citizens than the motherland, or nothing more punishable than that contrary to her interests; and that for this reason, it shall wisely impose, with the utmost severity, the penalties on those held liable for disturbing society in any way and rendering themselves unworthy of the rights recovered by this absolute independence already declared and legitimately sanctioned, based upon the principles of justice, convenience, and necessity.

Finally, the Supreme Executive Power exhorts and requires, ordains and commands each and every inhabitant, united at heart and truly determined, firm, strong, and consistent, to physically and spiritually uphold the glory which they have sublimely attained in the world, and which they shall preserve through history with immortal prestige.

Given and signed by the Ministers comprising the Supreme Executive Power at the Federal Palace of Caracas, sealed with the Provisional Seal of the Confederation, and endorsed by the undersigned Secretary, with the exercise of decrees.

Cristóbal de Mendoza, President in Office
Juan de Escalona
Baltazar Padrón
José Tomás Santana, Secretary

Jurado: Irma Brito, Edgar Moros y Celina Romero

NOTA

Las traducciones ganadoras del concurso del año 2010, que debían ser premiadas durante las celebraciones del Bicentenario de la Independencia de Venezuela en mayo del 2011, no habían sido publicadas por causas ajenas a la Escuela de Idiomas Modernos. Dificultades presupuestarias demoraron indefinidamente la publicación de una serie de documentos producidos en toda la Universidad Central de Venezuela durante el Año Bicentenario Ucevista. *Eventos* honra ahora el compromiso adquirido por la EIM con los ganadores mediante las bases del concurso, que estipulaban la publicación.



*Lucius Daniel, der.,
informa sobre el convenio
entre la EIM y la Gerencia
de Información, Conocimiento
y Talento de la UCV, gerenciada
por Antonietta Alario*